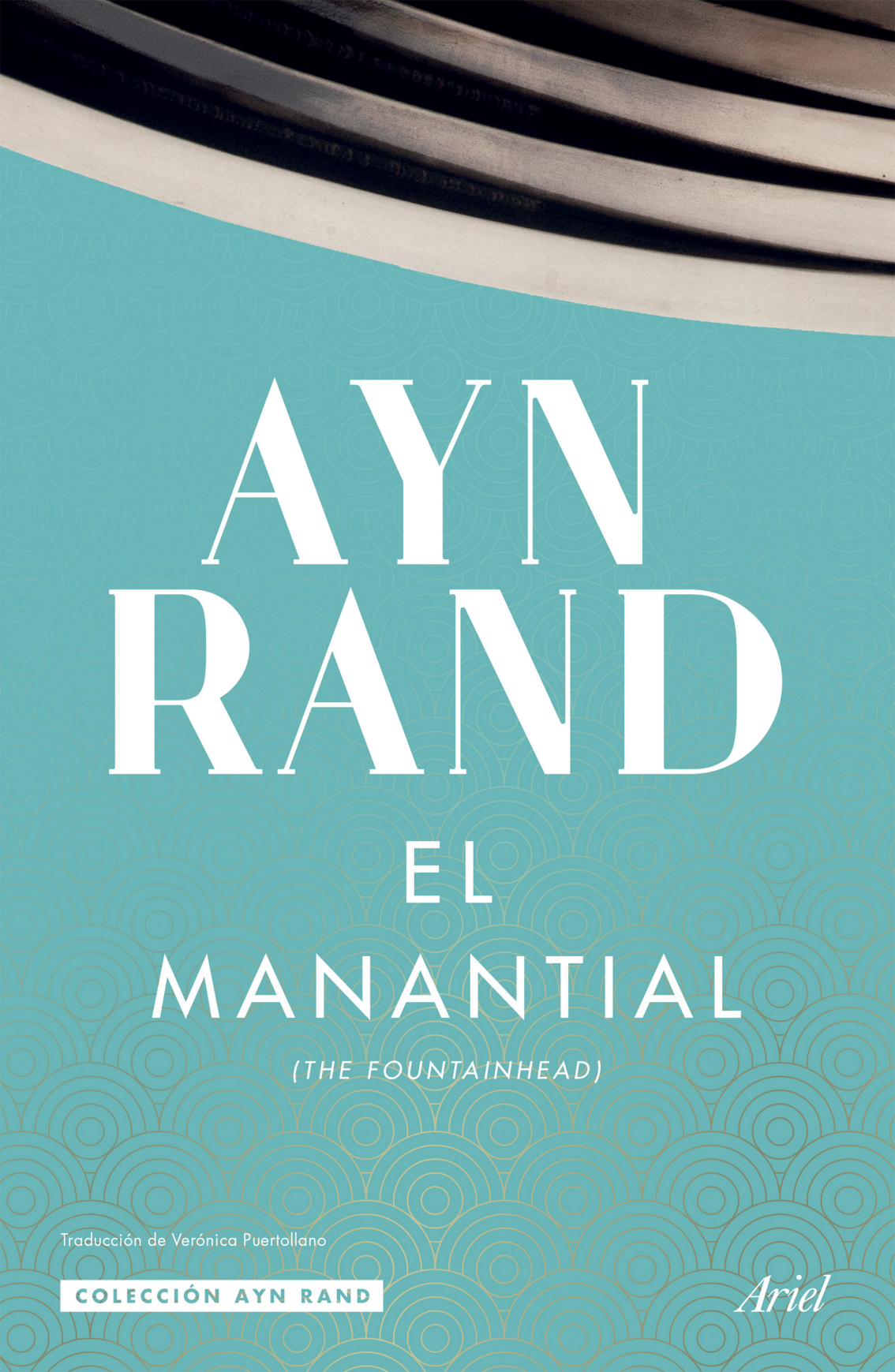




AYN RAND

EL MANANTIAL

(THE FOUNTAINHEAD)

Traducción de Verónica Puertollano

COLECCIÓN AYN RAND

Ariel

El manantial

AYN RAND

Traducción de Verónica Puertollano

Ariel

Primera parte

Peter Keating

Howard Roark rio.

Estaba desnudo al borde de un acantilado. El lago se extendía a lo lejos, bajo él. Una explosión de granito congelada irrumpía en su ascenso al cielo sobre las aguas inmóviles. El agua parecía inmutable, y la piedra, fluir. La piedra tenía la quietud de ese instante en la lucha en que dos fuerzas de empuje se encuentran y las corrientes se detienen en una pausa más dinámica que el movimiento. La piedra relucía bañada por los rayos del sol.

Abajo, el lago era sólo un fino anillo de acero que cortaba las rocas por la mitad. Las rocas resistían, intactas, en la profundidad. Empezaban y terminaban en el cielo, de manera que el mundo parecía suspendido en el espacio, como una isla flotante sobre la nada, anclada a los pies del hombre que estaba en el acantilado.

Su cuerpo se echó hacia atrás, recortado en el cielo. Era un cuerpo de líneas y ángulos largos y rectos, cuyas curvas se descomponían en planos. Estaba de pie, rígido, y las manos le colgaban a los lados con las palmas hacia fuera. Sentía los omóplatos muy juntos, la curva del cuello y el peso de la sangre en las manos. Sentía el viento a su espalda, en el hueco de la columna. El viento levantaba sus cabellos hacia el cielo. Su cabello no era ni rubio ni rojizo: su color exacto era el de la piel de las naranjas maduras.

Se rio por una cosa que le había pasado aquella mañana y por las cosas a las que ahora se tenía que enfrentar.

Sabía que los días siguientes iban a ser difíciles. Tenía que enfrentarse a algunas preguntas y preparar un plan de acción. Sabía que debía pensar en ello. También sabía que no iba a pensar, porque él ya lo tenía todo claro, porque el plan se había fijado mucho tiempo atrás, y porque quería reír.

Intentó pensar en ello, pero se le olvidó. Estaba mirando el granito.

No se rio cuando su mirada se detuvo, consciente de la tierra que lo rodeaba. Su rostro era como una ley de la naturaleza, algo que no se podía cuestionar o alterar ni se le podía suplicar. Los pómulos se le marcaban sobre las mejillas flacas y huecas; tenía los ojos grises y una mirada fría y firme. Su boca, despectiva y cerrada con fuerza, era la boca de un verdugo o de un santo.

Miró el granito. Pensó en cortarlo y convertirlo en paredes. Miró un árbol. Pensó en talarlo y convertirlo en vigas de madera. Miró una veta de óxido en la piedra, y pensó en los minerales de hierro bajo la tierra; pensó en fundirlos en vigas que se alzaran al cielo.

«Estas rocas —pensó— están aquí para mí; están esperando el taldro, la dinamita y mi voz; están esperando que las separen, que las rompan, que las muelan, renacer. Están esperando la forma que les van a dar mis manos.»

Entonces sacudió la cabeza, porque se acordó de lo que había pasado esa mañana y de que había muchas cosas que hacer. Se acercó al borde, levantó los brazos y se zambulló en el cielo a sus pies.

Cruzó en línea recta el lago hasta la orilla de enfrente. Llegó a las rocas donde había dejado su ropa. Miró con pesadumbre a su alrededor. Durante tres años, desde que vivía en Stanton, había ido allí, simplemente para relajarse, nadar, descansar, pensar, estar solo y vivo, siempre que había podido liberarse una hora, lo cual no había sido muy a menudo. En su nueva libertad, lo primero que quiso hacer fue ir allí, porque sabía que iría por última vez. Aquella mañana había sido expulsado de la Escuela de Arquitectura del Instituto Tecnológico de Stanton.

Recogió su ropa y se vistió: unos viejos pantalones vaqueros, unas sandalias y una camisa de manga corta a la que le faltaban casi todos los botones. Bajó por un sendero estrecho entre peñascos, hasta un camino que cruzaba una verde ladera hasta llegar a la carretera.

Andaba rápido, con una relajada familiaridad en sus movimientos. Bajó por la larga carretera bajo el sol. Al frente y a lo lejos se extendía la costa de Massachusetts, y el pequeño pueblo que sólo servía de marco para la joya de su existencia: el gran instituto que se alzaba sobre una colina al fondo.

El término municipal de Stanton empezaba con un basurero: un

montículo gris de desechos que se levantaba sobre la hierba. Humeaba ligeramente. Las latas brillaban al sol. La carretera pasaba por las primeras casas y llegaba a una iglesia. La iglesia era un monumento gótico, construida con tablones de ripia y pintada de azul colombino. Tenía unos robustos contrafuertes de madera que no sostenían nada. Tenía vidrieras de colores con tracerías que imitaban la piedra. La iglesia daba paso a largas calles ribeteadas con densas y vistosas áreas de césped. Detrás del césped se erguían pilas de madera que había sido torturada para que adoptara toda clase de formas: retorcida en forma de gabletes, torrecillas y claraboyas; combada en forma de porches; y aplastada bajo los tejados inclinados. En las ventanas flotaban cortinas blancas. Había un cubo de basura, desbordado, junto a una puerta lateral, y un viejo perro pequinés sobre un cojín en la entrada, soltando babas. Una hilera de pañales tendidos se agitaba con el viento entre las columnas de un porche.

La gente se giraba cuando Howard Roark pasaba. Algunos se quedaban mirándolo con súbito resentimiento. No sabían por qué: era un instinto que su presencia provocaba a la mayoría de la gente. Howard Roark no veía a nadie. Para él, las calles estaban vacías. Podría haberse paseado desnudo por allí sin problemas.

Cruzó el centro de Stanton, un amplio espacio verde rodeado de escaparates. En ellos había carteles que anunciaban:

¡BIENVENIDA, PROMOCIÓN DE 1922! ¡BUENA SUERTE,
PROMOCIÓN DE 1922!

La promoción de 1922 del Instituto Tecnológico de Stanton celebraba su ceremonia de graduación aquella tarde.

Roark tomó una calle lateral, donde, al final de una larga fila de casas, en un altozano sobre una verde cañada, estaba la casa de la señora Keating. Se había hospedado en esa casa durante tres años.

La señora Keating estaba fuera, en el porche. Estaba dando de comer a los canarios que tenía en una jaula suspendida sobre la barandilla. Su mano rechoncha se detuvo en el aire cuando lo vio. Lo observó con curiosidad. Intentó arrancar de su propia boca alguna expresión adecuada de solidaridad, pero sólo logró delatar sus esfuerzos.

Él estaba cruzando el porche sin fijarse en la mujer, que lo paró:

— ¡Señor Roark!

— ¿Sí?

— Señor Roark, siento mucho... lo que ha ocurrido esta mañana —tuteó modosa.

—¿El qué?

—Que lo hayan expulsado del instituto. No tengo palabras para decirle cuánto lo lamento. Sólo quiero que sepa que lo siento por usted.

Él la miró fijamente. Ella sabía que no la veía. No, pensó ella, no es eso exactamente. Él siempre mira fijamente a la gente y a sus detestables ojos no se le escapan nada. Él sólo hace sentir a la gente como si no existiera. Se quedó allí mirándola, sin más. No respondió.

—Pero lo que digo —continuó ella— es que, si uno sufre en este mundo, es siempre a causa de un error. Ahora, naturalmente, tendrá que renunciar a su profesión de arquitecto, ¿no? Pero un hombre joven siempre puede ganarse una vida decente como empleado, dependiente o alguna otra cosa.

Él se dio la vuelta para irse.

—¡Ah, señor Roark! —dijo ella.

—¿Sí?

—Le llamó por teléfono el decano, cuando usted estaba fuera.

Por una vez, ella esperaba que él mostrara alguna emoción; una emoción que significara que estaba destrozado. No sabía qué, pero había algo en él que siempre le hizo querer verlo destrozado.

—¿Sí? —preguntó él.

—El decano —repitió ella vacilante, intentando recuperar el efecto—. El propio decano, a través de su secretaria.

—¿Y bien?

—Me pidió que le dijera que el decano quería verlo en cuanto usted volviera.

—Gracias.

—¿Qué se imagina que pueda querer, ahora ya?

—No lo sé.

Él había dicho «no lo sé», pero ella había oído claramente «me importa un bledo». Se quedó mirándolo con incredulidad.

—Por cierto, Petey se gradúa hoy —dijo ella sin darle aparente importancia.

—¿Hoy? Ah, sí.

—Es un gran día para mí. Cuando pienso en cuánto escatimé y cómo me esclavicé para mandar a mi hijo a la universidad... No es que me queje, no soy de las que se quejan. Petey es un chico listísimo.

Ella se mantenía erguida. Su cuerpo rechoncho estaba tan encorseado bajo los pliegues almidonados de su vestido de algodón que parecía que la gordura le iba a reventar por las muñecas y los tobillos.

—Pero, por supuesto, no soy quién para presumir —continuó ense-

guida, entusiasmada con su tema favorito—. Algunas madres tienen suerte y otras simplemente no la tienen. Cada uno está en el lugar que le corresponde. Fíjese en Petey a partir de ahora. No soy de las que quieren que su hijo se mate trabajando, y le daré gracias al Señor por cualquier pequeño éxito que le llegue. Pero si ese chico no es el mejor arquitecto de estos Estados Unidos, isu madre querrá saber por qué!

Él hizo ademán de irse.

—¡Pero qué estoy haciendo, aquí de cháchara con usted! —dijo ella alegremente—. Tiene que darse prisa, cambiarse y salir corriendo. El decano lo está esperando.

Se quedó mirándolo a través de la mosquitera, observando cómo su adusta figura cruzaba la rígida pulcritud de su recibidor. Él siempre le había hecho sentirse incómoda en la casa; le producía una vaga sensación de aprensión, como si estuviese esperando a verlo salir de repente y destrozar sus mesitas de café, sus jarrones de porcelana y sus fotografías enmarcadas. Él nunca había mostrado ninguna tendencia a ello, pero ella lo esperaba, sin saber por qué.

Roark subió las escaleras a su habitación. Era una habitación grande y austera, iluminada por el limpio resplandor de las paredes encaladas. La señora Keating nunca había tenido la sensación de que él viviera realmente allí. No había añadido ni un solo objeto a los muebles imprescindibles que ella había puesto: ni fotos ni banderines ni un alegre toque humano. No se había llevado a la habitación más que su ropa y sus dibujos; había poca ropa y demasiados dibujos, que formaban una alta pila en un rincón. A veces, pensaba que eran los dibujos los que vivían allí, y no el hombre.

Roark se acercó entonces a esos dibujos. Fueron lo primero que empacó. Levantó uno, y después el siguiente y luego otro. Se quedó mirando los amplios pliegos.

Eran bocetos de edificios que nunca se habían construido en la faz de la tierra. Eran como las primeras casas construidas por el primer hombre nacido, quien jamás había oído hablar de la existencia de otros edificios anteriores al suyo. No había nada que decir de ellos, salvo que cada estructura era inevitablemente lo que tenía que ser. No era como si el dibujante se hubiese concentrado en ellos, reflexionado laboriosamente, y hubiese unido puertas, ventanas y columnas como dictara su capricho y prescribieran los libros. Era como si los edificios hubiesen brotado de la tierra y de alguna fuerza viva, completos e invariablemente correctos. La mano que había trazado a lápiz aquellas finas líneas tenía aún mucho que aprender, pero no sobraba ninguna línea ni faltaba nin-

gún plano necesario. Las estructuras eran austeras y simples, hasta que uno se daba cuenta del trabajo, la complejidad del método y la tensión reflexiva que habían logrado esa simplicidad. Ninguna ley había dictado ni un solo detalle. Los edificios no eran clásicos, no eran góticos, no eran renacentistas. Eran sólo Howard Roark.

Se paró a mirar un boceto. Era uno que nunca le había satisfecho del todo. Lo había diseñado como ejercicio por su cuenta, al margen de los trabajos para la universidad. Lo hacía a menudo, cuando se encontraba en algún determinado lugar y se paraba allí a pensar qué tipo de edificio debería albergar. Había pasado noches enteras observando ese boceto, preguntándose qué le faltaba. Al echarle un vistazo ahora, desprevenido, vio el error que había cometido.

Tiró el boceto en la mesa, se inclinó sobre él y trazó líneas rectas y limpias. Se paraba de vez en cuando a mirarlo, presionando el papel con las yemas de los dedos, como si sus manos estuviesen sosteniendo el edificio. Sus manos tenían los dedos largos, las venas duras y las articulaciones y muñecas prominentes.

Una hora más tarde oyó que llamaban a su puerta.

—¡Adelante! —dijo bruscamente, sin pararse.

—¡Señor Roark! —dijo jadeando la señora Keating, mirándolo desde el umbral—. ¿Qué demonios está haciendo?

Él se dio la vuelta y la miró, intentando recordar quién era ella.

—¿Y el decano? —gimió ella—. ¡El decano que lo está esperando!

—Ah... ah, sí. Se me había olvidado —dijo Roark.

—¿Que se le había... olvidado?

—Sí —respondió, con un tono de extrañeza en la voz, asombrado por el asombro de la mujer.

—Bueno, lo único que puedo decir es que le está bien empleado —añadió sofocada—. Le está muy bien empleado. Y si la ceremonia de graduación empieza a las cuatro y media, ¿cómo espera que tenga tiempo para verlo?

—Iré enseguida, señora Keating.

No era sólo curiosidad lo que la impulsó a intervenir; era un temor secreto a que se pudiera revocar la sentencia del consejo. Él fue al baño, al final del pasillo, y lo vio lavarse las manos y echarse hacia atrás el pelo lacio y suelto, dándole una cierta apariencia de orden. Ya había salido y estaba bajando las escaleras cuando la mujer se percató de que se marchaba.

—¡Señor Roark! —exclamó jadeando, señalándole la ropa—. No pretenderá ir así...

—¿Por qué no?

—¡Pero que es su decano!

—Ya no, señora Keating.

Ella pensó, horrorizada, que lo había dicho como si, en realidad, se alegrara.

El Instituto Tecnológico de Stanton estaba en lo alto de una colina, y sus muros almenados se alzaban como una corona sobre la ciudad que se extendía abajo. Parecía una fortaleza medieval con una catedral gótica injertada en el vientre. La fortaleza se ajustaba claramente a su finalidad, con sus robustos muros de ladrillo; sus pocas aberturas, con la anchura justa para los centinelas; sus murallas, tras las cuales se podían esconder los arqueros para defenderla; y las torres en las esquinas, desde donde se podía derramar aceite hirviendo sobre el atacante, en caso de que surgiera tal contingencia en un centro de enseñanza. La catedral se elevaba con su esplendor recamado, como una frágil defensa contra dos grandes enemigos: la luz y el aire.

El despacho del decano parecía una capilla, donde entraba un evocador cúmulo de luz crepuscular a través de una alta vidriera de colores. El crepúsculo fluía entre las vestiduras de los santos, rígidos y retorcidos por los codos. Dos manchas de luz roja y púrpura se posaban respectivamente en dos auténticas gárgolas, agazapadas en las esquinas de una chimenea que jamás se había utilizado. En el centro de un cuadro del Partenón, colgado sobre la chimenea, había una mancha verde.

Cuando Roark entró en el despacho, vio la silueta borrosa del decano, a media luz, detrás de su escritorio, tallado como un confesonario. Era un caballero de baja estatura y entrado en carnes, mantenidas a raya por una indomable dignidad.

—Ah, sí, Roark —dijo sonriendo—. Siéntese, por favor.

Roark se sentó. El decano entrelazó los dedos sobre la barriga y esperó la súplica que preveía. No hubo ninguna. El decano carraspeó.

—No será necesario que le exprese mi pesar por el desgraciado acontecimiento de esta mañana —empezó—, ya que doy por sentado que usted siempre ha sabido de mi sincero interés en su bienestar.

—Totalmente innecesario —dijo Roark.

El decano lo miró indeciso, pero continuó:

—Ni que decir tiene que no voté contra usted. Me abstuve. No obstante, quizá le alegre saber que contó usted con un resuelto grupo de defensores en la reunión. Pequeño, pero firme. Su profesor de ingeniería estructural hizo de cruzado a su favor. También su profesor de matemáticas. Por desgracia, eran más los que sintieron que era su deber vo-

tar a favor de su expulsión. El profesor Peterkin, el crítico de diseño, se había tomado el asunto como algo personal. Llegó a amenazarnos con dimitir si no lo expulsábamos. Debe admitir que ha provocado mucho al profesor Peterkin.

—Sí.

—Mire, ése ha sido el problema. Hablo de su actitud hacia la asignatura de diseño arquitectónico. Nunca le ha prestado la atención que merece. Y, sin embargo, ha sido un alumno excelente en todas las ciencias de la ingeniería. Por supuesto, nadie niega la importancia de la ingeniería estructural para un futuro arquitecto, pero ¿por qué ir a los extremos? ¿Por qué descuidar lo que se podría llamar la parte artística e inspiradora de su profesión, y concentrarse en todas esas asignaturas áridas, técnicas, matemáticas? Se supone que usted va a ser arquitecto, no ingeniero civil.

—¿No es innecesario todo esto? —preguntó Roark—. Ya ha pasado. No tiene sentido discutir ahora mi elección de asignaturas.

—Me estoy esforzando para ayudarlo, Roark. Debe ser justo en esto. No puede decir que no le advertimos de que esto podía pasar.

—Sí, lo hicieron.

El decano se movió en su asiento. Roark le hacía sentirse incómodo. Lo miraba fijamente, con educación. El decano pensó: no hay nada malo en su forma de mirarme, de hecho, es totalmente correcta, con la más adecuada atención; sólo que parece como si yo no estuviese aquí.

—Todos los problemas que se le mandó resolver —continuó el decano— todos los proyectos que tuvo que diseñar, ¿qué ha hecho con ellos? Todos estaban hechos con... bueno, no podría llamarlo estilo, pero de esa insólita manera suya. Va contra todos los principios que hemos intentado inculcarle, contra todos los precedentes y tradiciones establecidas del arte. Quizá usted crea que es lo que se llama un modernista, pero ni siquiera. Es... una completa locura, si no le molesta que se lo diga.

—No me molesta.

—Cuando le mandaron hacer proyectos donde dejaban a su elección el estilo y usted los convertía en una de sus salvajes extravagancias... En fin, lo cierto es que sus profesores lo aprobaban porque no sabían qué hacer. Pero cuando se le mandaron ejercicios sobre estilos históricos, como diseñar una capilla Tudor o un teatro de ópera francés, y usted los convertía en algo que parecía un montón de cajas apiladas sin ritmo ni razón, ¿diría que era la respuesta a un encargo o simple insubordinación?

—Era insubordinación —dijo Roark.

—Quisimos darle una oportunidad, en vista de su excelente expediente académico en las demás asignaturas. Pero cuando usted convier- te en esto —clavó el puño en el papel que tenía delante—, ¡en esto!, una villa del Renacimiento para su proyecto de fin de curso, de verdad, jo- ven: ¡esto fue demasiado!

En la hoja había un dibujo de una casa de vidrio y hormigón. En la esquina figuraba una firma afilada y angulosa: «Howard Roark».

—¿Cómo espera que lo aprobemos después de esto?

—No lo espero.

—No nos dejó otra opción en este asunto. Naturalmente, nos guar- dará rencor en este momento, pero...

—No siento nada de eso —dijo Roark con tranquilidad—. Les debo una disculpa. Por lo general no permito que me pasen las cosas. He co- metido un error esta vez. No debería haber esperado a que ustedes me echaran. Debí haberme marchado yo hace mucho tiempo.

—Vamos, no se desanime. No es ésa la actitud que debería tener. Sobre todo por lo que voy a decirle.

El decano sonrió y se inclinó hacia delante, con aire de confidencia- lidad, disfrutando del preludio a una buena obra.

—Éste es el verdadero propósito de nuestra entrevista. Estaba an- sioso por contárselo cuanto antes. No quería que se quedara usted de- primido. Así que me la jugué personalmente con el temperamento del presidente cuando se lo dije, pero... Téngalo en cuenta, que no se com- prometió, pero... Así están las cosas: ahora que usted se ha dado cuenta de la gravedad, si se toma un año sabático para descansar, para recapa- citar, ¿para madurar, podríamos decir?, tal vez haya una oportunidad de volver a admitirlo. Tenga en cuenta que no puedo prometerle nada, esto es estrictamente no oficial, y sería toda una excepción, pero en vista de las circunstancias y de su excelente expediente académico, podría tener muy buenas posibilidades.

Roark sonrió. No era una sonrisa feliz, ni agradecida. Era una son- risa sencilla, fácil, divertida. Dijo:

—Creo que no me ha entendido. ¿Qué le ha hecho suponer que yo quiero volver? —dijo Roark.

—¿Eh?

—No voy a volver. No tengo nada más que aprender aquí.

—No le entiendo —dijo el decano rígidamente.

—¿Tiene algún sentido explicarlo? Esto ya no le concierne.

—Será tan amable de explicarse.

—Como desee. Yo quiero ser arquitecto, no arqueólogo. No veo cuál

es el objetivo de hacer villas renacentistas. ¿Para qué aprender a diseñarlas, si nunca las voy a construir?

—Mi querido joven, el gran estilo del Renacimiento no está ni mucho menos muerto. Se construyen casas de ese estilo cada día.

—Sí, y se seguirán haciendo. Pero yo no las haré.

—Venga, vamos, eso es de críos...

—Vine aquí a aprender a edificar. Cuando me mandaban hacer proyectos, su único valor para mí era aprender a resolverlos como uno de verdad en el futuro. Los hice de la manera en que los construiría. He aprendido todo lo que podía aprender aquí sobre las ciencias estructurales que no son de su gusto. Pasarme otro año dibujando postales italianas no me aportaría nada.

Una hora antes, el decano deseaba que esa entrevista transcurriera de la manera más calmada posible. Ahora deseaba que Roark mostrara alguna emoción; su tranquila naturalidad le parecía antinatural en esas circunstancias.

—¿Me está queriendo decir que está pensando en serio construir así, de esa manera, cuando sea arquitecto, si es que llega a serlo?

—Sí.

—Mi querido colega: ¿quién le va a dejar hacerlo?

—Ésa no es la cuestión. La cuestión es: ¿quién me lo va a impedir?

—Escuche un momento, esto es serio. Siento que no hayamos mantenido una larga y sincera charla con usted mucho antes... Ya sé ya sé, no me interrumpa. Usted ha visto un par de edificios modernistas y eso le ha dado ideas. Pero ¿no se da cuenta del capricho pasajero que es todo el llamado movimiento moderno? Debe aprender y entender, y esto lo han demostrado todas las autoridades en la materia, que todo lo que es bello en la arquitectura ya se ha hecho. Hay una mina de tesoros en cada estilo del pasado. Sólo podemos elegir de entre los grandes maestros. ¿Quiénes somos nosotros para mejorar lo que ellos hicieron? Sólo podemos intentar, respetuosamente, repetirlo.

—¿Por qué? —preguntó Howard Roark.

No, pensó el decano, no ha dicho nada más que eso; son dos palabras perfectamente inocentes, no me está amenazando.

—¡Es evidente!

—Mire —dijo Roark tranquilamente, señalando a la ventana—. ¿Ve el campus y la ciudad? ¿Ve cuántos hombres pasean y viven ahí abajo? Pues bien: me importa un bledo lo que cualquiera de ellos, o todos, piensen de la arquitectura ni de cualquier otra cosa tampoco. ¿Por qué iba a tener en cuenta lo que sus abuelos pensaban de ella?

—Es nuestra sagrada tradición.

—¿Por qué?

—¡Por el amor de Dios! ¿Quiere dejar de ser tan ingenuo?

—Pero no lo entiendo. ¿Por qué quiere que yo piense que eso es gran arquitectura?

Señaló el cuadro del Partenón.

—«Eso» es el Partenón —dijo el decano.

—Ya, ya.

—No tengo tiempo para preguntas estúpidas.

—Muy bien, entonces... —Roark se levantó, cogió una larga regla del escritorio y fue hacia el cuadro—. ¿Le digo lo que hay de podrido en él?

—¡Es el Partenón! —dijo el decano.

—¡Sí, maldita sea, el Partenón!

La regla dio en el cristal del cuadro.

—Mire —dijo Roark—. Las famosas estrías en las famosas columnas. ¿Para qué están ahí? Para ocultar las juntas de la madera, cuando las columnas se hacían de madera, pero éstas no lo son: son de mármol. Los triglifos, ¿qué son? Madera. Vigas de madera, como tenían que colocarlas cuando la gente empezó a construir chozas de madera. Sus griegos cogieron el mármol y copiaron esas estructuras de madera con él, sólo porque otros lo habían hecho así. Después llegaron sus maestros del Renacimiento e hicieron copias de yeso de las copias de mármol de las copias de madera. Y ahora estamos haciendo copias de acero y hormigón de copias de yeso de copias de mármol de copias de madera. ¿Por qué?

El decano, en su asiento, lo observaba con curiosidad. Algo le intrigaba, no de las palabras de Roark, sino de su forma de decirlas.

—¿Reglas? —dijo Roark—. Éstas son mis reglas: lo que se puede hacer con un material nunca debe hacerse con otro. No hay dos materiales iguales. No hay en la tierra dos lugares iguales. No hay dos edificios que tengan el mismo objetivo. El objetivo, el lugar y el material determinan la forma. No se puede hacer nada racional o bello si no se hace conforme a una idea central, y esa idea determina cada detalle. Un edificio está vivo, como un hombre. Su integridad consiste en seguir su propia verdad, su tema único, y servir a su único objetivo. Un hombre no toma prestadas las partes de su cuerpo. Un edificio no toma prestados pedazos de su alma. Su creador le da un alma que se expresa en cada pared, cada ventana y cada escalera.

—Pero todas las formas de expresión correctas se descubrieron hace mucho.

—Expresión ¿de qué? El Partenón no servía a la misma finalidad

que su antecesor de madera. Una terminal aérea no sirve a la misma finalidad que el Partenón. Cada forma tiene su propio significado. Cada hombre crea su significado, su forma y su objetivo. ¿Por qué es tan importante lo que hayan hecho otros? ¿Por qué se vuelve sagrado, por el mero hecho de que no es de uno mismo? ¿Por qué cualquiera tiene razón, siempre que no sea uno mismo? ¿Por qué la cantidad de esos otros ocupa el lugar de la verdad? ¿Por qué se convierte la realidad en una simple cuestión de aritmética, y se limitan a sumar a eso? ¿Por qué todo se retuerce, despojándolo de cualquier sentido, para que encaje en otra cosa? Debe de haber alguna razón. No lo sé, nunca lo he sabido. Me gustaría entenderlo.

—¡Santo cielo! —exclamó el decano—. Siéntese... será mejor. ¿Le importaría bajar esa regla? Gracias. Ahora, escúcheme. Nadie ha negado jamás la importancia de la técnica moderna para la arquitectura. Debemos aprender a adaptar la belleza del pasado a las necesidades del presente. La voz del pasado es la voz de las personas. Nada en la arquitectura ha sido jamás inventado por un solo hombre. El propio proceso creativo es lento, gradual, anónimo y colectivo, donde cada hombre colabora con los demás y se subordina a los criterios de la mayoría.

—Pero, verá, me quedan, pongamos, sesenta años de vida. La mayor parte del tiempo lo pasaré trabajando. He elegido el trabajo que quiero hacer. Si no puedo disfrutar con él, sólo me estaré condenando a sesenta años de tortura. Y sólo puedo disfrutar si hago mi trabajo de la mejor manera posible para mí. Lo mejor depende de una cuestión de criterios, y yo fijo mis propios criterios. No heredo nada. No estoy al final de ninguna tradición. Podría, quizá, estar al principio de una.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó el decano.

—Veintidós.

—Tiene bastante excusa —dijo aliviado—. Ya se le pasará con la edad. —Sonrió—. Los viejos criterios han perdurado miles de años y nadie ha sido capaz de mejorarlos. ¿Qué son sus modernistas? Una moda transitoria, exhibicionistas que quieren llamar la atención. ¿Ha observado usted el transcurso de sus carreras? ¿Puede nombrar a uno que haya alcanzado cualquier distinción duradera? Fíjese en Henry Cameron. Un genio, un arquitecto muy importante hace veinte años. ¿Qué es hoy? Tendrá suerte si consigue una vez al año algún garaje que reformar. Un holgazán borrachín que...

—No vamos a hablar de Henry Cameron.

—Ah, ¿es amigo suyo?

—No, pero he visto sus edificios.

—Y le han parecido...

—He dicho que no vamos a hablar de Henry Cameron.

—Está bien. Deberá darse cuenta de que le estoy permitiendo cōtomarse demasiadas libertades, podríamos decir? No estoy acostumbrado a mantener conversaciones con alumnos que se comportan como usted. Sin embargo, estoy ansioso por prevenir, si es posible, lo que parece ser una tragedia, el espectáculo de un hombre con sus obvias dotes intelectuales dispuesto a arruinarse deliberadamente la vida.

El decano se preguntaba por qué le había prometido al profesor de matemáticas que iba a hacer todo lo posible por este muchacho. Simplemente, porque el profesor había dicho, señalando un proyecto de Roark: «Este hombre es un genio». Un genio, o un criminal, pensó el decano. Se arrepintió: no estaba de acuerdo con ninguna de las dos cosas.

Pensó en lo que había oído contar del pasado de Roark. El padre de Roark había sido trabajador del acero en alguna parte de Ohio y hacía tiempo que había muerto. En sus documentos de matrícula no figuraba ninguna referencia a ningún pariente cercano. Cuando se le preguntó, Roark dijo con indiferencia: «Creo que no tengo parientes. Quizá los tenga. No lo sé». Parecía asombrado de que se supusiera que debía tener algún interés en el asunto. No había hecho ningún amigo en el campus, ni lo había intentado. Se había negado a unirse a una fraternidad. Se pagó sus estudios de secundaria y sus tres años de universidad con su trabajo. Había trabajado de obrero en la construcción desde niño. Había hecho trabajos de yesería, fontanería y acero, de cualquier cosa que pudiese conseguir, e iba de un pequeño pueblo a otro, trabajando para seguir hacia el este, a las grandes ciudades. El decano lo había visto el verano anterior, durante las vacaciones, remachando en las obras de un rascacielos en Boston; su largo cuerpo relajado bajo un grasiento mono, prestando atención sólo con los ojos y balanceando el brazo derecho de vez en cuando, con pericia y sin esfuerzo, para atrapar al vuelo la bola de fuego en el último momento, cuando parecía que el remache ardiente no iba a entrar en el cubo y que le daría en la cara.

—Vamos a ver, Roark —dijo el decano con delicadeza—. Ha trabajado duro para pagarse sus estudios. Sólo le faltaba un año para acabar. Hay algo importante que debe considerar, en especial para un muchacho en sus circunstancias. Hay que pensar en el lado práctico de la carrera de arquitecto. Un arquitecto no es un fin en sí mismo. Sólo es una pequeña parte del gran todo social. «Cooperación» es la palabra clave para nuestro mundo moderno y para la profesión de la arquitectura en particular. ¿Ha pensado en sus posibles clientes?

—Sí.

—Es el cliente. El cliente, piense en eso sobre todo. Él es quien va a vivir en la casa que usted construya. Su único propósito es servirle a él. Debe aspirar a darle una expresión artística acorde con esos deseos. ¿No es eso lo único que basta decir al respecto?

—Bueno, yo podría decir que debo aspirar a construirle a mi cliente la casa más cómoda, lógica y bonita que se pueda construir. Podría decir que debo intentar venderle lo mejor que tengo y también enseñarle a saber qué es lo mejor. Podría decirlo, pero no lo haré. Porque no tengo la intención de construir con el fin de servir o ayudar a nadie. No tengo intención de construir con el fin de tener clientes. Mi intención es tener clientes con el fin de construir.

—¿Cómo piensa obligarlos a aceptar sus ideas?

—No me propongo obligar ni que me obliguen. Los que me quieran, vendrán a mí.

Entonces, el decano comprendió qué le desconcertaba de la actitud de Roark. Dijo:

—¿Sabe? Sonaría mucho más convincente si hablara como si le importara que yo estuviese de acuerdo con usted o no.

—Eso es cierto. No me importa si está de acuerdo conmigo o no —contestó Roark.

Lo dijo de una forma tan natural que no sonó ofensiva; sonó como la constatación de un hecho que estaba advirtiendo, perplejo, por primera vez.

—No le importa lo que piensen los demás, lo cual puede ser razonable. Pero ¿no le importa ni siquiera para hacerles pensar como usted?

—No.

—Bueno, eso es..., eso es monstruoso.

—¿Lo es? Es probable, no sabría decirle.

—Me alegro de haber mantenido esta entrevista —dijo el decano de pronto, subiendo mucho la voz—. Me ha dejado tranquila la conciencia. Creo, como otros afirmaron en la reunión, que la profesión de arquitecto no es para usted. He intentado ayudarlo. Ahora estoy de acuerdo con el consejo. Usted es un hombre al que no hay que estimular. Usted es peligroso.

—¿Para quién? —preguntó Roark.

Pero el decano se levantó para indicar que la entrevista había terminado.

Roark salió del despacho. Cruzó a paso lento los largos pasillos y bajó los escalones del jardín. Había conocido a muchos hombres como

el decano, y nunca los había comprendido. Sólo sabía que había alguna diferencia importante entre sus actos y los de ellos. Hacía tiempo que eso había dejado de inquietarlo, pero siempre buscaba un tema central en los edificios y un impulso central en los hombres. Sabía qué motivaba sus actos, pero no era capaz de averiguar los motivos de los demás. No le importaba. Nunca había aprendido el proceso de pensar en otras personas, pero se preguntaba, a veces, qué les hacía ser como eran. Se lo volvió a preguntar, pensando en el decano. Pensó que había un secreto importante envuelto en alguna parte en esa pregunta. Había un principio que debía descubrir.

Pero se detuvo. Vio la luz del sol del final de la tarde, aún quieta, justo antes de desaparecer, en la caliza gris de la moldura horizontal a lo largo de los muros del edificio de la universidad. Se olvidó de los hombres, del decano y del principio que explicaba al decano y que quería descubrir. Sólo pensó en lo hermosa que era la piedra bajo la frágil luz y en lo que podría haber hecho con esa piedra.

Se imaginó una amplia lámina de papel sobre la que se alzaban paredes desnudas de caliza gris, con largas vidrieras que dejaban pasar el resplandor del cielo a las aulas. En la esquina de la lámina había una firma nítida y angulosa:

HOWARD ROARK